

XII

PALABRAS DE AMOR

Pues bien, los jueces hicieron comparecer ante ellos al santo hombre Giovanni, encadenado con el que había arrojado el fuego gregoriano en el palacio de los Priors. Y dijeron al santo hombre:

—Estás con el criminal, porque no estás con nosotros. Pues el que no está con los buenos está con los malos.

Y el santo hombre les respondió:

—No hay buenos ni malos entre los hombres. Pero todos son desgraciados. Y los que no están afligidos por el hambre ó por la vergüenza, la riqueza y el poder los atormenta. No es dado al que nace de mujer escapar á las miserias, y el hijo de la mujer es semejante al enfermo que se revuelve en su lecho sin encontrar reposo; porque no quiere acostarse en la cruz de Jesús, la cabeza sobre las espinas, ni regocijarse en el sufrimiento. No obstante, en el sufrimiento está la alegría. Y los que le aman lo saben.

»Yo estoy con el amor y este hombre con el odio. Por eso jamás nos encontraremos. Y yo le digo: «Hermano, has obrado mal y tu crimen es grande.» Y hablo así, porque la caridad y el amor me incitan. Pero vosotros condenáis á este criminal en nombre de la justicia. Y, al invocar á la justicia, mentís. Y vosotros sois el ataúd que dice: «Yo soy la cuna.» La vida de los pueblos está en las mieses de los campos, que amarillean bajo la mirada del Señor. Está en las viñas suspensas de los ribazos, y en la sonrisa y en las lágrimas con que el cielo inunda á los árboles, en el recinto de los vergeles. No está en las leyes, hechas por los ricos y por los poderosos, para la conservación del poder y de la riqueza.

»Olvidáis que habéis nacido pobres y desnudos. Y aquel que nació en el portal de Belén ha venido sin provecho para vosotros. Y es preciso para vuestra salud que renazca pobre y que sea sacrificado por segunda vez.

»El violento se ha servido de las armas que habéis forjado. Y es el semejante de los guerreros á quienes honráis por haber destruido ciudades. Lo que la fuerza defiende, la fuerza lo impugnará. Y si sabéis leer el libro que habéis escrito, en él veréis lo que digo. Pues habéis establecido en vuestro libro que el derecho de gentes es el derecho de la guerra. Y habéis glorificado la violencia, otorgando honores á los conquistadores y

erigiendo estatuas en vuestras plazas públicas á ellos y á sus caballos.

»Y habéis dicho: «Existe una violencia buena y una violencia mala. Y esto es el derecho de gentes, y esto la ley.» Pero cuando estos hombres os hayan puesto fuera de la ley, ellos serán la ley como vosotros lo fuisteis cuando derrocasteis al tirano que antes de vosotros fué la ley.

»Pues sabedlo bien. Sólo existe derecho verdadero en la renuncia del derecho. No hay otra ley santa que el amor. Sólo hay justicia en la caridad. No es por la fuerza como conviene resistir á la fuerza; pues la lucha aguirre á los combatientes, y la suerte de las batallas es incierta. Pero si se opone la dulzura á la violencia, ésta, no encontrando obstáculo en sus adversarios, cae por sí sola.

»Se ha dicho por los sabios, en los bestiarios, que el licornio, portador de una ígnea espada en la frente, traspasa al cazador cubierto con mallas y se arrodilla al pie de una doncella. Sed dulces, tornad sencilla vuestra alma, conservad puro vuestro corazón y no temeréis nada.

»No cifréis vuestra confianza en la espada de los condotieros, pues la piedra del pastor ha herido la frente del gigante. Pero fortificaos en el amor, y amad á los que es aborrecen. El odio á que no se corresponde queda á medias reducido. Y la parte que persiste languidece, viuda, y muere. Despojáos para que no os despojen. Amad á

vuestros enemigos para que no sean enemigos vuestros. Perdonad á fin de ser perdonados. No digáis: «La mansedumbre enoja á los pastores de pueblos.» Pues vosotros no sabéis nada sobre ella. Los pastores de pueblos no la han puesto á prueba. Pretenden que con el rigor han atenuado el mal. Pero el mal es grande entre los hombres y no se observa que disminuya.

»He dicho á unos: «No seáis tiránicos.» He dicho á otros: «No os rebeléis.» Y ni los unos ni los otros me han escuchado. Y me han apedreado entre risotadas. Porque estaba con todos, cada cual me ha dicho: «Tú no estás conmigo.»

»He dicho: «Soy el amigo de los miserables.» Y vosotros no habéis creído que era vuestro amigo, porque en vuestro orgullo, ignoráis que sois miserables. Y sin embargo, la miseria del amo es más cruel que la del esclavo. Pero cuando yo os deploraba tiernamente, creísteis que me burlaba. Y los oprimidos han pensado que yo era del partido de los opresores. Y han dicho: «No tiene piedad.» Pero yo pertenezco al amor y no al odio. Por eso me despreciáis. Y porque anuncio la paz en la tierra, me tenéis por insensato. Os parece que mis discursos siguen todas las direcciones, como los pasos de un beodo. Y en verdad que cruzo por vuestros campos como esos tañedores de arpa que, en vísperas de batalla, tocan ante las tiendas. Y los soldados dicen escuchándolos:

«Son pobres inocentes que van tañendo los aires que oímos en nuestras montañas.» Yo soy ese arpista que pasa por entre los ejércitos. Para ver á dónde conduce la sabiduría humana, quiero ser loco, y doy á Dios gracias de haber puesto en mis manos el arpa y no la espada.

XIII

LA VERDAD

El santo hombre Giovanni continuó en estrecho encierro, y estaba retenido por cadenas á las argollas fijas en el muro. Pero su alma estaba libre, y los tormentos no habían quebrantado su conciencia. Y se prometía no traicionar su fe, sino ser el testigo y el mártir de la Verdad para morir en Dios. Y se decía: «La verdad me acompañará á la horca. Ella me mirará y llorará. Y dirá: «Lloro porque ese hombre muere por mí.»

Y cuando el santo hombre así conducía en la soledad el soliloquio de sus pensamientos, un caballero entró en la prisión sin que las puertas se abriesen. Iba cubierto con capa roja y llevaba en la mano una linterna encendida.

Fra Giovanni le dijo:

—¿Cuál es tu nombre, sutil señor que atraviezas las paredes?

Y el caballero respondió:

—Hermano, ¿á qué decirte los nombres que me dan? Para ti tendré el que me atribuyas. Sabe que

vengo á ti propicio y benévolo, y que habiendo conocido que amas caramente á la Verdad, te traigo una palabra tocante á esa verdad que has adoptado por dama y por compañera.

Y fra Giovanni comenzó dando gracias al visitante. Pero éste le interrumpió:

—Te advierto—le dijo—, que esa palabra te parecerá, desde luego, vana y despreciable, pues ocurre con ella lo que con una pequeña llave que el imprudente tira sin utilizarla.

»Pero el hombre despierto la ensaya en muchas cerraduras, y advierte al cabo que abre un cofre lleno de oro y de piedras preciosas.

»Pues yo te digo: «Fra Giovanni, puesto que »has deseado escoger á la Verdad por Dama y »amiga, te importa grandemente saber lo que de »ella puede saberse. Sabe, pues, que es BLANCA. »Y por su apariencia, que yo te enseñe, inquirirás »su naturaleza, lo que te será muy útil para acer- »carte á ella y abrazarla con todo género de mi- »mos, á la manera de un amigo que acaricia á su »amiga. Ten, pues, por bien cierto que es BLANCA.»

Cuando hubo oído estas palabras, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Messer Sutil, el sentido de nuestro discurso no es tan difícil de adivinar como habíais temido. Y mi espíritu, aunque naturalmente grosero y rudo, ha sido atravesado por la fina punta de la alegoría. Decís que la Verdad es blanca para re-

presentar su perfecta pureza y para mostrar claramente que es una dama inmaculada. Y yo me la represento tal como decís, superando su blancura á los lirios de los jardines y á la nieve que durante el invierno cubre la cima de la Alverna.

Y el visitante movió la cabeza, y dijo:

—Fra Giovanni, no es ese el sentido de mis palabras, y no has cascado el hueso para extraer la medula. Te he enseñado que la Verdad es blanca y no que es pura. Hay un pequeño error en creer que es pura.

Afligido de lo que acababa de oír, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Así como la luna, cuando la tierra le oculta el sol, se obscurece con la sombra densa de este mundo donde fué consumado el crimen de Eva, análogamente, messer Sutil, habéis velado una palabra clara con una oscura palabra. Veo, pues, cómo erráis entre tinieblas. Porque la Verdad es pura, emanando de Dios, origen de toda pureza.

Y el Contradictor respondió:

—Fra Giovanni, sed mejor físico y reconoced que la pureza es una cualidad inconcebible. Dícese que así lo creían los pastores arcadios, llamando dioses puros á los dioses que desconocían.

El buen fra Giovanni suspiró entonces, y dijo:

—Messer, vuestras palabras son oscuras, y están circundadas de tristeza. Algunas veces,

durante mi sueño, los ángeles me han visitado. Tampoco sus palabras eran de mí comprendidas. Pero el misterio de sus pensamientos era gozoso.

Y el visitante sutil, replicó:

—Fra Giovanni, argumentemos ambos según las reglas.

Y el santo hombre contestó:

—No puedo argumentar con vos. No siento en mí el deseo ni la fuerza.

—Es preciso, pues—replicó el Sutil—, que yo encuentre otro contradictor.

E inmediatamente levantó el índice de la mano izquierda, y cogiendo con la derecha un extremo de su capa, hizo un birrete que colocó sobre el dedo; luego, levantándolo á la altura de la nariz:

—He aquí—dijo—un dedo de mi mano que he graduado de doctor, y con el que discutiré doctamente. Es un platónico, si no es Platón en persona.

»Messer Platón, ¿qué es lo puro? Os escucho, messer Platón. Afirmáis que el conocimiento es puro, cuando está privado de todo lo que puede verse, oírse, tocarse, y en general gustarse. Con un signo de vuestro birrere me concedéis que la verdad será verdad pura si en ella concurren las mismas condiciones. Es decir, haciéndosela muda, ciega, sorda, tronchada, paralítica, tullida de todos sus miembros. Y yo reconozco espontánea-

mente que, en ese estado, rechazará las ilusiones que se burlan de los hombres, y no se irá de picos pardos. Sois un gran ironista, messer Platón, y os habéis burlado grandemente del mundo. Quitáos el birrete.

Y el Contradictor, deshaciendo el pliegue de su capa, dirigió otra vez la palabra al santo hombre Giovanni.

—Amigo, estos sofistas no sabían lo que era la Verdad. Pero yo, que soy físico y gran observador de las curiosidades naturales, puedes creerme si digo que es blanca, ó mejor, que la Verdad es lo blanco.

»De esto no conviene inducir, como ya te he dicho, que sea pura. ¿Crees acaso que la señora Eletta de Verona, que tenía los muslos blancos como la leche, los había por eso abstraído al resto del universo, atrincherándolos en lo invisible y en lo intangible, que es lo puro, según la doctrina platónica? Sería un error grandísimo.

—Yo no conozco á esa dama Eletta—dijo el santo hombre Giovanni.

—Se entregó en vida—dijo el Contradictor—á dos papas, á sesenta cardenales, á catorce príncipes, á diez y ocho mercaderes, á la reina de Chipre, á tres turcos, á cuatro judíos, al macaco del señor obispo de Arezzo, á un hermafrodita y al diablo. Pero nos desviamos de nuestro propósito, que es encontrar el carácter propio de la Verdad.

»Pues bien, si ese carácter, como acabo de establecer contra el mismo Platón, no puede ser la pureza, es muy creíble que sea la impureza, pues la impureza es la condición necesaria de todo lo que existe. Pues acabamos de ver que lo puro carece de vida y de conocimiento. Y supongo que tú habrás experimentado suficientemente que la vida y cuanto con ella se relaciona, es compuesto, mezcla, diversidad, tiende á aumentar ó á disminuir, es inestable, soluble, corruptible, no puro.

—Doctor—respondió Giovanni—vuestras razones no valen nada, puesto que Dios, que es todo puro, existe.

Y el doctor Sutil replicó:

—Si leyese mejor tus libros, hijo mío, observarías que sobre el que acabas de nombrar no se dice «Existe», sino: «Es». Luego existir y ser, no es una misma cosa, si no dos cosas contrarias. Tú vives, y no dices tu mismo: «No soy nada; yo soy como si no fuera nada.» Y tú no dices: «Yo soy el que es.» Porque vivir es cesar de ser en cualquier momento. Y también dices: «Estoy lleno de impurezas», porque no eres una cosa única, sino una mezcla de cosas que se agitan y combaten.

—Enverdad que habláis doctamente—respondió el santo hombre—, y bien conozco en vuestras razones, que sois muy perito, messer Sutil, en las

ciencias divinas como en las humanas. Pues es certísimo que Dios es el que es.

—¡Por el cuerpo de Baco! —repuso el otro—. Lo es perfecta y universalmente. Por lo cual estamos dispensados de buscarle en ningún sitio, seguros de que no se encuentra ni más ni menos en un lugar que en cualquier otro, y de que no se hallará un par de viejas escobas que no contengan su justa parte.

—Eso es admirable y cierto—respondió Giovanni—. Pero conviene añadir que se encuentra más señaladamente en las especies santas, por efecto de la transustanciación.

—Observa—dijo el doctor—que es apto para ser comido. Observa también, hijo mío, que es redondo en una manzana, alargado en una berenjena, cortante en un cuchillo y sonoro en una flauta. Posee todas las cualidades de las substancias. También reúne las propiedades de las figuras. Es agudo y es obtuso, puesto que contiene á la vez todos los triángulos posibles; sus radios son iguales y desiguales, puesto que es el círculo y la elipse, y es también la hipérbole, figura indescriptible.

Mientras que el santo hombre Giovanni meditaba estas verdades sublimes, oyó que el doctor Sutil rompía á reír. Entonces le preguntó:

—¿Por qué ríes?

—Río, le dijo el doctor, pensando que se ha

descubierto en mí ciertas contrariedades y contradicciones, y en que se me ha reprochado amargamente de ellas. Es verdad que tengo muchas. Pero no advierten que si las tuviese todas, yo sería semejante al Otro.

Y el santo hombre preguntó:

—¿De qué otro hablas?

Y el Contradictor respondió:

—Si supiéses de quién hablo, sabrías quién soy. Y no comprenderías espontáneamente mis mejores palabras, porque se me ha censurado mucho. Al contrario, ignorando quién soy te seré más útil. Te demostraré que los hombres son extremadamente sensibles á los sonidos que se modulan con los labios, y que se dejan matar por palabras que no tienen sentido, como se ve en el ejemplo de los mártires, y en tu propio ejemplo, ¡oh Giovanni! que te alegras de ser ahorcado y luego quemado al canto de los siete salmos, en la plaza de Viterbo, por esa palabra Verdad, á que te sería imposible encontrar una significación precisa.

»Y ciertamente, explorarás todos los rincones y escondrijos de tu oscuro cerebro, removerás todas las telarañas y toda la herrumbre que en él hay, sin poder jamás encontrar la ganzúa que abre esa palabra y extrae su sentido. Y sin mí, pobre amigo, te dejarías colgar y luego quemar por dos sílabas que ni tú ni los jueces comprendéis, de suerte que no se hubiese sabido á quién

despreciar más, si á los verdugos ó á la víctima.

»Sabe, pues, que la Verdad, tu dama bien amada, está forjada de elementos en que se encuentran lo húmedo y lo seco, lo duro y lo muelle, lo frío y su contrario, y ocurre con esta dama lo que con las damas carnales, en que lo tierno y lo cálido no está igualmente difundido por todo el cuerpo.»

Fra Giovanni dudó en su ingenuidad si este discurso era bastante honrado. El Contradictor leyó en el pensamiento del santo hombre. Y le tranquilizó diciendo:

—Estos son conocimientos que se adquieren en la escuela. Yo soy teólogo.

Se levantó y dijo todavía:

—Mucho siento en dejarte, amigo. Pero me es imposible continuar á tu lado. Pues tengo muchas contradicciones que llevar á los hombres. Y no puedo gustar el reposo día ni noche. Es necesario que sin cesar vaya de un punto á otro, colocando mi linterna ora en la mesa del clérigo, ora en la cabecera del hombre que sufre y vela.

Dijo, y se fué como había venido. Y el santo hombre Giovanni preguntó: «¿Por qué ha dicho este doctor que la Verdad es blanca?» Y, tendido en la paja, agitaba esta idea en su cabeza. Su cuerpo participaba de la inquietud de su alma, y se volvía de uno y otro lado sin encontrar el reposo.